

José Martí, nuestra América y el equilibrio del mundo

ARMANDO HART DÁVALOS

PARA PROMOVER una interpretación acertada de esa figura excepcional de nuestra historia y de América que fue José Martí resulta imprescindible destacar todo lo que se integró en el crisol de ideas del Apóstol y la enorme influencia que continuó ejerciendo después de su muerte. Estamos refiriéndonos a un periodo que abarca dos siglos de historia y que se inicia en los tiempos forjadores de la cultura cubana y de la formación de la conciencia nacional, en los albores de siglo XIX, y llega hasta nuestros días.

Aquellos que conozcan algunos elementos esenciales de la historia de Cuba podrán convenir en que José Martí sintetiza de modo ejemplar una larga legión de héroes, próceres y pensadores de un siglo de hechos e ideas reveladores del carácter singular del proceso independentista cubano que transcurre en la segunda mitad del siglo XIX y que es parte inseparable de la epopeya libertaria de nuestra América iniciada a comienzos de ese propio siglo con Bolívar como su figura más descolante.

Los cubanos tenemos el deber de mostrar, con mayor precisión y actualizando sus ideas, quién fue ese genio de la política, de la literatura y del pensamiento universal y al que Gabriela Mistral caracterizó como el hombre más puro de la raza. Habiendo vivido solamente cuarenta y dos años, dejó una obra impresionante y se ganó la admiración y los más grandes elogios como escritor y poeta, organizador político y revolucionario, de los más profundos pensadores y de los hombres de más sólida y universal cultura de España que le conocieron o estudiaron su obra. Un hombre de fina sensibilidad, amante de las letras y de lo bello, fue también capaz de fundar el Partido Revolucionario Cubano y organizar y convocar la guerra contra la dominación colonial de España y al que más de medio siglo después de su muerte Fidel Castro señalara como inspirador y autor intelectual de la Revolución Cubana.

Todas estas facetas, reunidas en una sola pieza, están presentes en la personalidad de José Martí, quien si no es más conocido e identificado en el mundo, en toda su grandeza, se debe a esas lagunas que hay en el civilizado siglo XX sobre la gigantesca riqueza cultural y espiritual de los pueblos de nuestra América. Martí se define en primer lugar por su inmensa capacidad de entrega a la causa humana, este fue el sentido de su vida. Lo que lo hace excepcional es que unido a una vocación de sacrificio va su extraordinaria inteligencia, su talento superior y su vasta cultura, también su capacidad de organizar, reunir hombres y sus extraordinarias dotes para la acción. Alcanzó, en un grado superior, virtudes que podemos representar en tres ideas: amor, inteligencia y capacidad de acción. Todo ello forjado por una indolegable voluntad creadora y humanista.

El insigne poeta católico José Lezama Lima —creador y figura cimera del grupo Orígenes al que perteneció también Cintio Vitier, cuyas huellas fecundas aún perduran en la cultura cubana—, afirmó que Martí “es un misterio que nos acompaña”.



Asimismo, Julio Antonio Mella, el combatiente antimperialista que cayó asesinado en México, patricio y adalid de la juventud cubana —el más alto representante del proceso revolucionario en la década del 20, y que fundara en 1925 el Partido Comunista de Cuba—, subrayó “la necesidad de investigar el misterio del programa ultrademocrático de José Martí”.

Para comprender cabalmente el significado real de la personalidad y el pensamiento de José Martí para Cuba, América y el mundo resulta obligado situarlo en el devenir de la historia de las ideas cubanas. Los aspectos esenciales que pueden guiarnos en el análisis de ese dilatado periodo histórico son los siguientes:

- Las fuentes cubanas que nutrieron a José Martí (1790-1868). El presbítero Félix Varela, defensor de la independencia de Cuba, y José de la Luz y Caballero, fundador de la escuela cubana, constituyen, junto a otras destacadas figuras de esa época, el núcleo forjador de la educación y la cultura que llegaron de manera directa a José Martí a través de su maestro Rafael María de Mendive.

- Su consagración a Cuba, nuestra América y la humanidad (1868-1895). Desde su juramento hecho en la adolescencia cuando se enfrentó directamente a la esclavitud, su entrega a la causa de la independencia de Cuba, el permanente destierro en que transcurrió la mayor parte de su vida que favoreció su americanismo y su universalidad, estudio y conocimiento en profundidad de los Estados Unidos durante su prolongada estancia en ese país, hasta su caída en combate en Dos Ríos.

- Su concepción de la guerra necesaria, humanitaria y breve, que implica la dirección de la guerra con criterio político como único modo de ganarla: la fundación del Partido Revolucionario Cubano para unir voluntades en un apretado haz bajo una dirección unificada, su actividad febril en el terreno de

las ideas a favor de la causa de la independencia, y su labor con los generales Máximo Gómez y Antonio Maceo y otras figuras de la guerra del 68.

- La tragedia que quiso evitar a tiempo el Maestro. La significación cubana, iberoamericana y universal de la intervención de los Estados Unidos en la guerra de independencia de Cuba.

- El renacimiento del ideario del héroe de Dos Ríos (1902-1953). La trayectoria del pensamiento martiano rescatado por el movimiento antimperialista, socialista, democrático y popular de Cuba durante la neocolonia.

- La presencia del Apóstol en la generación del centenario (1953-1961). La significación que tuvo el pensamiento de Martí en la generación que emerge a la vida política del país coincidentemente con el centenario de su natalicio en 1953 hasta culminar con la declaración del carácter socialista de la Revolución el 16 de abril de 1961.

- El pensamiento martiano y su articulación definitiva con el ideal socialista. La obra de la Revolución y el contenido de ideas que relacionan el pensamiento martiano y el socialista.

La historia de Cuba muestra, desde el nacimiento y en el desarrollo de la nación, cómo los hechos económicos, sociales, políticos e incluso militares que tuvieron lugar a lo largo de más de dos siglos, se enlazaron con la cultura política y filosófica de la modernidad, asumida desde los intereses de los pobres. Ella nos enseña, a su vez, el carácter de las relaciones de Cuba con el mundo.

En nuestro caso, los hechos y procesos transcurridos dieron lugar, en la esfera del pensamiento, a una síntesis de valor universal porque constituye una identidad integrada por diversas corrientes sociales, culturales y filosóficas del mundo occidental. Lo original en Martí está en que asumió el inmenso saber universal, lo volcó hacia la acción política y educativa a favor de la justicia y lo expresó en las más bellas formas de la literatura. De esta forma asumió y proyectó las ideas más revolucionarias de su tiempo. Su trascendencia está, entre otras cosas, en que es parte integral e inseparable de Iberoamérica y el Caribe. Hay un ideario nacional que aspira a acercarse al mundo y que el mundo se acerque a él. No otra significación tiene el mandato de José Martí: “Injértese en nuestras repúblicas el mundo; pero el tronco ha de ser de nuestras repúblicas”, así como su aspiración a que Cuba se convirtiera en universidad del continente.

José Martí adquiere una renovada vigencia, porque él representa la cúspide de un legado cultural político, social y filosófico orientado hacia los intereses de los pobres de la Tierra y de la humanidad y constituye obligado punto de referencia para enfrentar los problemas actuales que deben ser examinados por todos aquellos preocupados por el futuro de la humanidad.

Esa síntesis de cultura universal forjada en Cuba, a partir de las últimas décadas del siglo XVIII y durante el siglo XIX, constituye una singularidad en la historia económica, política y social de Occidente. En ella, la cuestión cultural desempeñó un papel clave en la historia de nuestro país en una relación dialéctica con los acontecimientos y procesos históricos. Se fundieron desde los orígenes mismos dos elementos: las corrientes filosóficas, políticas y sociales que venían de la Ilustración y la modernidad europeas y los más genuinos principios que nos llegaron del pensamiento y los sentimientos éticos cristianos. De la primera tomamos el pensar científico y el amor a la libertad y a la dignidad humana; de la segunda, las más nobles tradi-